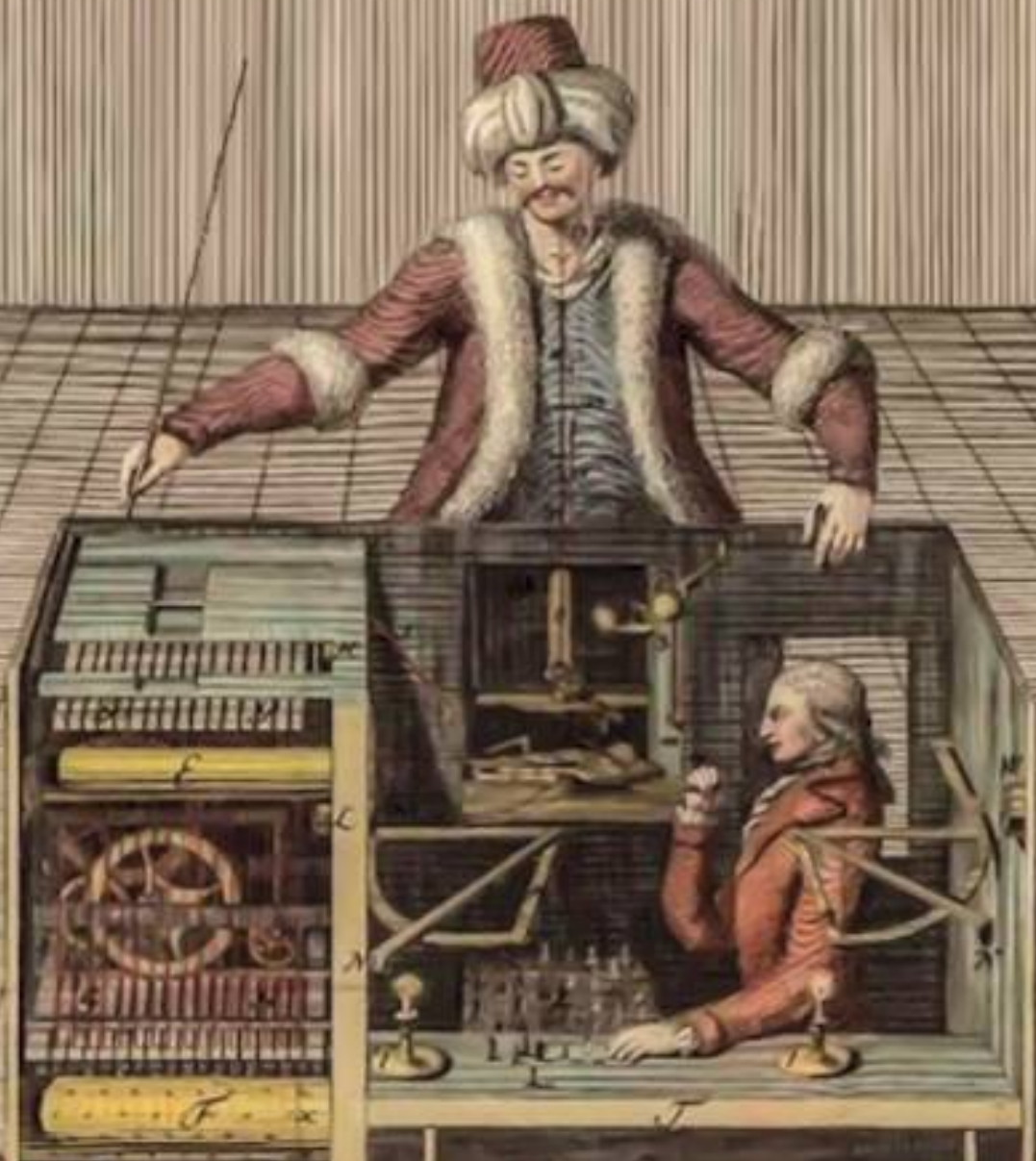


Akal Pensamiento crítico

**DESPERTAR DEL SUEÑO
TECNOLÓGICO
CRÓNICA SOBRE LA DERROTA
DE LA DEMOCRACIA FRENTE
AL CAPITAL**

Ekaitz Cancela



Akal / Pensamiento crítico / 76

Ekaitz Cancela

Despertar del sueño tecnológico

Crónica sobre la derrota de la democracia frente al capital

La redacción de un periódico es uno de los lugares idóneos para avistar el rumbo que la transformación estructural del sistema viene adoptando. Y es que, una vez inmoladas sus venerables imprentas en aras de un progreso que no era tal, son ahora los propios periódicos los que se ven vampirizados por el último avatar del capitalismo, el digital, y su reguero de bots, algoritmos y precarización generalizada. Pero ¿qué consecuencias tendrá todo ello en la esfera pública y, por ende, en el funcionamiento de las democracias? Y es más, ¿qué mensaje encierra su corrosiva mercantilización para el resto de nosotros? ¿No es acaso el de un horizonte catastrófico en que nos volvemos materia prima desechable, condenados a la intemperie laboral por el *big data*, por unos autómatas cada vez más eficientes o por una inteligencia artificial cada vez más sofisticada en la búsqueda de rentabilidad a largo plazo? Desde ese «tope de un mástil» que ya zozobra, Ekaitz Cancela escribe la crónica de este fin de época en un instante de peligro, en el que la digitalización de una economía financiarizada hasta la médula se presenta como falsa solución a la crisis orgánica del sistema. Pero persiste aún un hálito de esperanza si conseguimos *despertar del sueño tecnológico*, si conseguimos reapropiarnos de los recursos económicos del siglo XXI, los datos, y de las infraestructuras que han creado. Porque, en la pugna por la propiedad de los medios de producción, nos jugamos una partida cuya envergadura abarca la historia entera.

Ekaitz Cancela es un periodista que investiga las transformaciones estructurales del capitalismo, sus expresiones culturales y la posición de Europa en el mundo, y cuyos artículos aparecen regularmente en medios como *El Salto* o *La Marea*.

Despertar del sueño tecnológico es su segundo libro, tras *El TTIP y sus efectos colaterales* (2016).

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Ekaitz Cancela, 2019

© Ediciones Akal, S. A., 2019

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4745-2

Para Aniceto, quien en su último verano me preguntó «¿qué es ser periodista?», y para Concha, que también nos abandonó poco antes de que se publicara la respuesta. Con todo el amor de un nieto

Habría querido nacer en un país en el que el soberano y el pueblo no pudieran tener más que un solo y mismo interés, a fin de que todos los movimientos de la máquina no tendieran jamás sino al bien común; y como esto no podría hacerse a menos que el pueblo y el soberano fueran una misma persona, de ello se sigue que habría querido nacer bajo un gobierno democrático, sabiamente moderado^[1].

Jean-Jacques Rousseau

^[1] *Discurso sobre el origen y los fundamentos de las desigualdades entre los hombres*, 1754.

CAPÍTULO I

A modo de *confesión*

1

Marx, en uno de sus más grandes textos como periodista, re-crimina a Hegel olvidarse de completar la afirmación de que todos los grandes hechos de la historia universal acontecen, expresándolo de alguna forma, dos veces: «una vez como [gran] tragedia, y la otra, como [lamentable] farsa»^[1]. Una afirmación harto similar podría elevarse sobre el modo en que la tecnología ha sido utilizada por la clase dominante durante la época moderna. Si la muerte de Benjamin nos traslada el recuerdo [catastrófico] de que solamente las grandes guerras permitieron a la burguesía movilizar la amalgama de medios técnicos de manera que las masas no alcanzaran su derecho a transformar las relaciones de propiedad, con la consecuencia añadida de que el fascismo rematara su programa petrificando el presente para dominar violentamente a una raza, Morozov reconocería esa amenaza en el presente estableciendo los hechos de lo más cercano, aquello que se fija ante nuestra mirada [engañada]: en el breve siglo XXI, la forma bruta de la tecnología, al servicio de la ideología neoliberal, profundiza en el proceso de financiarización sobre cada ámbito de la vida social a fin de sortear la crisis orgánica de la que depende la propia existencia del capitalismo. De acuerdo con esta idea, el desarrollo de la gran máquina trata de ser utilizado para someter a los seres humanos, entendidos una vez más como mera materia prima, si bien –en esta ocasión, al contrario que en el siglo XX– para dar forma a los medios de producción contemporáneos, a esa inteligencia artificial compuesta de datos procedentes de la experiencia de las personas sobre su existencia en el mundo. En definitiva, el acontecimiento más novedoso para comprender el primer plano de este paisaje, como diferenciaría Braudel, es el siguiente: nuestra conciencia revolucionaria ha sido sádicamente poseída por un sueño alimentado desde Silicon Valley para servir a los antiguos imperativos de mercantilización de la clase dominante, sueño que impide contemplar las

oportunidades políticas escondidas en la tecnología para provocar el verdadero estado de excepción en los pleamares del tiempo que, durante tantos siglos, ha cubierto la telehistoria del sistema capitalista.

Aquella base material sobre la que florece el resto de la sociedad se manifiesta ahora como un ecosistema donde el valor de sus miembros procede de la extracción corporativa de datos, a saber, una infraestructura tecnológica que ha roturado el suelo moderno a lo largo de casi medio siglo nada más que para conectar en tiempo real cada recoveco físico de la economía-mundo con el capital global, compuesto principalmente por Estados Unidos, China y los fondos multimillonarios vinculados a gobiernos extranjeros que se han beneficiado de las consecuencias de la crisis financiera. Digamos que las grandes corporaciones que han emergido como actores centrales de la economía se encuentran guiadas hacia la usurpación y el robo de una enorme cantidad de información procedente de la experiencia sensorial de los individuos, progresivamente despojados de toda noción colectiva, para acumularla en sus centros de almacenamiento. De este modo, una conquista y sometimiento sobre la realidad existente como la que permiten las deformadas tecnologías de reconocimiento facial, los sensores inteligentes, el internet de las cosas (IoT, por sus siglas en inglés), la realidad virtual o los diversos desarrollos recientes ha dado lugar a «otra naturaleza», asentada sobre la explotación de los bienes comunes de conocimiento. Ello tiene lugar, además, gracias a los dispositivos que cada persona lleva consigo en todo momento, encargados de integrar cualquier experiencia política, conducta económica o actividad social y cultural en los imperativos decretados por los amos del mundo. Este modelo productivo alcanza su última expresión en una suerte de mercado controlado exclusivamente por unos cuantos imperios de los datos que ofrecen servicios de computación e inteligencia artificial –o una mezcla de ambos–, a través de una red llamada internet, a los gobiernos, ya sea a los denominados a sí mismos como democráticos o a los autoritarios, y a las empresas de los antiguos sectores productivos.

Ahora bien, la utilidad que la tecnología adquiere para el capital no se extingue una vez revolucionado el modo de producción y consumo todo, es decir, habiéndose convertido en los proveedores de esta valiosa infraestructura. Dada una economía asenta-

da bajo dos grandes dogmas, financiarización y austeridad, destaca su ingeniosa capacidad a la hora de reproducir valores sociales, estéticos e incluso existenciales. Gracias a su «monopolio intelectual», como define de manera gramsciana Evgeny Morozov la hegemonía cultural de Silicon Valley, la industria tecnológica contribuye a desactivar la conciencia política o la experiencia común que pueda surgir en la clase desposeída; cerca su potencial creativo o emancipatorio bajo los limes de un ecosistema compuesto por tecnologías increíblemente sofisticadas a la hora de capturar la atención humana y generar rentabilidad con ella. De este modo, atrapada en un sueño tecnológico inducido de manera aparentemente mágica, cada parcela de la existencia se convierte en una celda inteligente que reproduce una imagen donde ha desaparecido el poder de la clase oprimida de abrir un recinto que provoque una oportunidad revolucionaria. Si una despótica sociedad civilizada a base de la administración de la vida por el capital comienza a dar sus primeros pasos mientras se desdibujan las luchas históricas por la redistribución de los recursos económicos, ello tiene que ver con la aplicación de la doctrina ilustrada acerca de la dominación de la naturaleza mediante la racionalidad algorítmica. Por eso, en lugar de como si hubiéramos alcanzado el grado más elevado de progreso, piensen en una imagen sobre el mundo construida de acuerdo con el volumen de datos que unas empresas han extraído de un individuo con el único fin de asegurar la preeminencia de la clase dominante. En efecto, esta dominación de la naturaleza por la técnica –dominación desprovista de todo tinte democrático– es solamente posible por un consenso en torno a la manera en que el conocimiento es entendido en una sociedad. Llevando las contradicciones y los tintes totalitarios del Siglo de las Luces hacia su último estadio, la ideología contemporánea considera que cuanto mayor es el número de datos acumulados, tanto mayor capacidad tiene un algoritmo para determinar la manera en que el ser humano se relaciona con las verdades de su existencia y para predecir sus preferencias de consumo. De acuerdo con operaciones lógicas, y empleando formulaciones en un lenguaje matemático y técnico con un fuerte carácter performativo, son capaces de despojarnos de las limitaciones propias del pensamiento para imponer una objetividad extrema. Purificada ya de toda influencia subjetiva, la tecnología permite al capital reinar

en cada conducta diaria. Transformando radicalmente la estructura económica en nombre del deber civilizatorio, así fue reescrita la lenta historia del ser humano en su relación con el medio que lo rodea. Todo ello es lo que se esconde tras el discurso tecnopopulista de las elites mundiales sobre la digitalización de la economía.

Ciertamente, nunca una tecnología había implicado un grado de regresión tal como cuando pudo escalar tanto en la degradación de la mente humana que incluso pudo apropiarse forzosamente del material cognitivo que la compone. Al tiempo que los bienes que construyen este entorno natural, sean materiales o inmateriales, se mercantilizan y expropian, toda mediación que pueda ejercer el conocimiento respecto al proceso de vida adquiere el carácter de *input* esencial en la producción de modelos de inteligencia artificial. Nada más eficiente que la automatización, en este momento vinculada al aprendizaje profundo que desarrollan estas máquinas inteligentes gracias a una ingente cantidad de información, para evitar que exista usuario improductivo alguno o no alcance la tasa de utilización para el sistema más elevada posible. Tampoco solución más ingeniosa para continuar con la austeridad que reemplazar la idea de una comunidad solidaria que gestiona sus recursos de manera conjunta por otra donde la tecnología es empleada para extraer beneficios monetarios de los datos del 99 por 100 de la población, que debe sobrevivir en un Estado de naturaleza «que cesa solamente con la muerte»; renunciando por tanto a su soberanía, a la capacidad de ser juez de sí mismo y encontrando un tercero (un poder privado con capacidad de mediar en su vida) para resolver toda disputa. Mientras, el 1 por 100 restante se beneficia de que los no privilegiados paguen injustamente de manera diaria la factura de la crisis, pese a no haberla provocado, al menos hasta que, en cinco o diez años, dejen de ser necesarios como productores de valor y se conviertan en materias primas desechables. Es bajo esta salvaje fantasía como los miembros más elevados de la jerarquía social tratan de seguir manteniendo eternamente su estatus: el de plutócratas ofuscados de manera pornográfica con la obtención de beneficios y con la rentabilización de cada instante de la vida del resto de nosotros, a quienes han atrapado en las infraestructuras de las empresas en las que invierten enormes sumas. Un suceso grotesco, así como una enorme contradicción

sistémica, debe manifestarse: todo el dinero que circula en el mundo, para engrasar una industria que nos someterá hasta que la crisis ambiental se consume, podría ser empleado de manera harto distinta a fin de crear comunidades avanzadas tecnológicamente, ecológicamente sostenibles, igualitarias y democráticas.

2

Avanzada una aproximación hacia el estado del orden social en el breve siglo XXI, una primera cuestión metodológica emerge: la premisa de esta obra no es otra que la de hacer perceptibles las transformaciones estructurales acaecidas en la última década en el núcleo de la noticia, aunque en ocasiones habrá que remontarse mucho más atrás. Al contrario de como ocurre con esos productos efímeros –mercancías periodísticas que se diluyen, entre cínicas proclamas democráticas, en las plataformas de los gigantes tecnológicos para ser consumidas con tanta rapidez como requiere la actualidad antes de ser desplazadas por otras nuevas, engrasando un circuito de apropiación financiarizado hasta la médula gracias a la potencia digital–, una conciencia del presente distinta debiera abrir el camino para detener el tiempo y hacerlo saltar por los aires, destruyendo los relojes e inaugurando un calendario acorde con una historia construida sobre un régimen de propiedad distinto; uno donde las condiciones materiales sean satisfechas mediante formas de trabajo creativas y radicalmente diferentes a aquellas orientadas hacia el mercado laboral. Una afirmación esta aparentemente superficial, pero que sintetiza algunas consideraciones subyacentes: entre ellas, que el materialismo recorre esta obra igual como se despliega la luz del amanecer para colorear las nubes; el objetivo, dilucidar las contradicciones del sistema capitalista y decantar el escenario resultante tras esta tormenta intempestiva. Y, en tanto que la tarea prioritaria es prevenir de quienes naturalizan la historia «atentos a la huella, a lo nimio, lo fugaz», operaremos del mismo modo en que la información se concentra en el átomo de lo actual: deteniéndonos súbitamente para captar, por un instante, la actualidad que le sale al paso a este cronista y propinar un *shock*. Hablamos de una imagen que, en suspenso, cristalice la Historia co-

mo algo que debe llegar a su fin para desembocar en la emancipación alegre y orgullosa del pasado.

En efecto, no se trata tanto de desvelar una verdad o conocimiento histórico, pues ambos se encuentran dispuestos ya en nuestra conciencia, como de sacar a relucir una experiencia compartida, decidida y única respecto al pasado, que contribuya a engendrar lucha política activa en un país absolutamente devastado por la crisis y donde buena parte de los trabajadores son superfluos para la economía global. Una experiencia que le fue sustraída a los europeos durante las grandes guerras, la cual debe servir ahora para recordar a nuestros antepasados esclavizados. Por ello, la tarea emprendida a lo largo del texto es similar a la de quien escucha la narración del último vigía de una época; como Benjamin, apostado en el «tope del mástil», observó el colapso histórico-cultural de la modernidad tratando de fundar un concepto del presente liberado del mito y la locura que le sobrevino al mundo[2]. En otras palabras, entendiendo la muerte de Walter Benjamin como nodriza de la verdad de una época, pues sobre sus ruinas comienza esta modesta construcción. Brevemente se encargó este todopoderoso pensador de la consideración materialista del arte, cuyo desarrollo durante más de un siglo debía hacer perceptibles las condiciones de producción hasta el punto de poder realizar una premonición con mayor éxito que la doctrina de Marx un siglo antes. Una premisa básica sobre esta teoría estética recogida en aquel titánico e inacabado proyecto que fue el *Libro de los Pasajes* es reivindicada ahora:

Sobre la tesis de la superestructura ideológica. En primer lugar, parece que Marx sólo hubiera querido constatar aquí una relación causal entre la superestructura y la base. Pero ya la observación de que las ideologías de la superestructura reflejan las relaciones de modo falso y deformado, va más allá. Pues la cuestión es: si la base determina en cierto modo la superestructura en cuanto a lo que se puede pensar y experimentar, pero esta determinación no es la del simple reflejo, ¿cómo entonces –prescindiendo por completo de la pregunta por la causa de su formación– hay que caracterizar esta determinación? Como su expresión. La superestructura es la expresión de la base. Las condiciones económicas bajo las que existe la sociedad alcanzan expresión en la superestructura; es lo mismo que el que se duerme con el estómago demasiado lleno: su estómago encuentra

su expresión en el contenido de lo soñado, pero no su reflejo, aunque el estómago pueda «condicionar» causalmente este contenido. El colectivo expresa por lo pronto sus condiciones de vida. Ellas encuentran su expresión en los sueños, y en el despertar su interpretación[3].

En el mismo pueblo de Portbou, donde el filósofo se quitó la vida escapando del fascismo, ahí dejó plantada una semilla cuyos frutos tratan de recogerse aquí con el fin de recuperar una lucha, la de clases, tantas veces postergada a lo largo de la historia. Insistiendo una vez más en el modo de proceder que aquí aplicamos –«para hacer detonar el material explosivo que yace en lo que ha sido»–, Benjamin señalaba «que la penetración dialéctica en contextos pasados y la capacidad dialéctica para hacerlos presentes es la prueba de la verdad de toda acción contemporánea»[4]. Este método dialéctico trató de condensar la realidad de su época en la alegoría de un ángel que, elevándose sobre la historia, trae noticias desde lo más alto mostrándonos así la manera en que se le aparece el mundo antes de perderse para siempre. Dicha figura, con ciertos trazos mesiánicos, era el *Angelus Novus*, ideada a partir de un cuadro del pintor Paul Klee, y fue expuesta por Benjamin en su novena tesis *Sobre el concepto de historia*. Quien pagara con su vida este servicio de prognosis a la humanidad nos trasladó el anuncio de que la representación de la historia como progreso era en sí misma catastrófica. Ciertamente, no es otra la farsa que los bastardos ultramodernos han hecho suya para someter, una vez más, a las masas a su modo de apropiación. Este es el motivo por el que, a lo largo y ancho del libro, como decíamos, es sistemática la armazón dialéctica de la que se sirve este cronista para dilucidar la realidad presente, «una en la que todo lo pasado adquiera un grado de actualidad superior al que tuvo en el momento de su existencia» a fin de romper, de una vez por todas, con el *Érase una vez*.

Acercarse al pasado a fin de hacerlo saltar por los aires requiere: capturar en el presente momento histórico, arrancado de su contexto habitual, la imagen de las tendencias futuras del modo de producción, es decir, la inteligencia artificial. Por eso, el presente libro ha tomado cada frase escrita por Evgeny Morozov como el modelo teórico crítico más completo para comprender el

presente momento histórico, lo cual, si se ha realizado de manera cuidadosa, habrá supuesto ganar altura sobre los diversos laberintos modernos o sus repliegues más tardíos. Se trata de escuchar los sonidos de las máquinas de nueva creación antes de que provoquen una nueva transformación en la economía, es decir, prever sus consecuencias. Y todo ello, a fin de experimentar la existencia histórica del presente de manera colectiva como un sueño que debe convertirse en pasado. Se trata de ejecutar la técnica de recordar el nuevo mundo que la clase dominante ha hecho efectivo en el espacio simbólico a través de una de sus más antiguas herramientas, los periódicos.

La forma de comunicación que establece la información –desde el nacimiento de la prensa burguesa, y con ella de la libertad de expresión– ha oprimido y estandarizado sobremanera la experiencia humana para después distribuirla sirviendo al incansable rito de la actualidad. En este momento, expresa algo realmente novedoso: los tiempos están listos para llevar la lucha de la clase desposeída de todos sus medios de producción hacia un plano real y emancipatorio. Hemos de alcanzar una mirada inédita y sobria sobre la posición del ser humano en la vida –su decaída condición social– y poseer el material que nuestro conocimiento emplea para desencadenar un giro en la tendencia política de la tecnología. Benjamin lo señalaba en muchos de sus escritos, aunque solo una frase se hiciera popular: «Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia universal. Pero tal vez ocurre con esto algo enteramente distinto. Tal vez las revoluciones son el gesto de agarrar el freno de seguridad [emergencia] que hace el género humano que viaja en ese tren»[5]. Esta oportunidad radical no puede sino aprovecharse abriendo un ciclo antisistémico nuevo, donde la acción revolucionaria convierta los datos en un bien colectivo y, por ende, sean socializadas las infraestructuras a las que aquellos han dado lugar.

3

La textura del presente momento histórico, expuesto a una constelación de peligros indecibles, obliga a hacer frente a multitud de problemáticas. Este autor se propone demostrar que

cualquier verdad que esos moribundos periódicos traten de demostrar mediante su siniestra confianza en el poder de los hechos es puramente falsa o, al menos, se encuentra atada a un conocimiento que, de tan mercantilizado, deforma toda realidad sobre la existencia en el mundo. De la misma forma, se trata de mostrar que la clase dominante gobierna a pelo de manera muda y silenciosa, ocultando su desnudez e insuficiencia gracias a los servicios que proveen unas cuantas corporaciones tecnológicas, sin consentimiento democrático alguno de los ciudadanos, y que ello no tiene otro cometido que extenderse hacia el resto de la sociedad. Los periódicos, poco más que simples máscaras que muestran al poder donde este no se encuentra mientras se acoplan felizmente y de manera pionera a sus infraestructuras para la comunicación.

No es ningún secreto que el revolucionamiento de los medios de comunicación y transporte, o la necesidad estadounidense de expandirse económicamente mediante el control de los canales electrónicos, ha dado lugar a una sociedad erigida sobre la información. Ello permite captar, de manera premonitoria, algunas de sus consecuencias a partir de la información periodística, cuyo medio ha sido siempre la prensa, institución principal de la burguesía ilustrada que ahora opera bajo una suerte de «superestructura algorítmica», como la ha denominado Morozov. Por ende, la neoliberalización también nos facilita comprender las marcas de la decadencia de esta forma social burguesa en un momento determinado de la historia, cuando la empresa de administrar el conocimiento ha sido delegada a un gueto económico situado en Palo Alto. No es sólo que los periódicos, en algún momento conocidos como guardianes de la información, hayan pagado con la muerte de sus antiguas imprentas una enorme renta al progreso de la época, sino que la infraestructura material en la que operan en este momento desvela un estadio del todo distinto en los procesos de acumulación de capital que hasta ahora conocíamos. En otras palabras: la única revelación de la prensa y su antigua base técnica es la expresión de su total sumisión al medio de producción en el que ha quedado completamente atrapada. Sin tiempo suficiente como para adentrarnos en las ambiciosas cuestiones metafísicas pendientes sobre el conocimiento o a la tarea teórico-cognitiva^[6], esta obra se conformará con ilustrar el desplazamiento de la producción de los pe-